

El colombiano que logró viajar a la Rusia del Siglo XIX



ENRIQUE CORDOBA ROCHA *

Las más recientes noticias que tenemos de Henry Luque Muñoz nos remiten a la obra musical, inspirada en uno de sus poemas, que fue interpretada por las orquestas sinfónicas de Argentina y de Checoslovaquia, y a la publicación en Moscú de una novedosa antología de la poesía colombiana del siglo XX, que recogía a una veintena de autores nacidos antes de 1940. Luque Muñoz aceptó la invitación de la Editorial Progreso para realizar un trabajo que a muchos nos hubiera gustado hacer: seguir la huella de escritores clásicos rusos, buscar sus sombras en los lugares que habitaron, descubrir a los lectores de hispanoamérica un puñado de sorpresas, vivir los viejos recintos de aquellos famosos, convertidos hoy en museos magníficos. También se ha preocupado nuestro viajero literario por difundir en Rusia las letras de su país. Con presentación suya se publicó el año pasado **Relato de un naufrago**, de Gabriel García Márquez y se halla en prensa un libro de refranes habituales en Colombia, preparado y prologado por él, que aparecerá en ucraniano, traducido por Serguéi Borcshevski. Ni este ni su otro volumen que pronto verá la luz (**Tras los clásicos rusos**), le han impedido a Luque Muñoz mantenerse leal a la poesía. Ha concluido un cuaderno, cuyos originales pocas personas conocemos y que ha sido parcialmente vertido a otros idiomas. Con vigorosa entonación, arrojado lírico y cortante ironía nos entrega nuevos temas, imágenes de Colombia y de otros mundos, nostalgias y epigramas demolidores... Pero preguntémosle al poeta que in-

vestiga, por su encuentro con escritores clásicos rusos:

El catálogo de la Editorial Progreso anuncia para finales del 86 la aparición de la obra *Tras los clásicos rusos*, firmada por usted. ¿Con qué autor inicia su libro?

Con Alexander Pushkin, un osado espadachín de pequeña estatura, que vivió tan poco como Mozart y Rafael Sanzio y forjó la mejor poesía rusa de todos los tiempos. He logrado materializar mi secreto de siempre: indagar con paciente minuciosidad sobre la vida, la obra, los museos, etc., de ese eslavo árabe de quien poco sabemos los latinoamericanos. Para ello, he caminado caminos que el poeta recorrió, he conversado con los papeles en los que plasmó sus epigramas contra la autocracia zarista, sus fervorosos cantos a la libertad y sus poemas líricos que harían conmovir las piedras. He hablado con sus descendientes, he oído brillar sus versos en la vida cotidiana y me he sumergido en los archivos buscando la esencia de su poesía y el sentido de su alto, tembloroso y raro destino.

¿Cómo escribían los autores de que se ocupa en su libro?

Pushkin escribía no pocas veces tumbado, horizontal; las primeras líneas de su **Ruslán y Liudmila** debió garabatearlas en las paredes del salón de castigo del Liceo. Uno de sus contemporáneos lo sorprendió bocetando versos en los papillotes (rulos de papel) de una muchacha. Lérmontov hacía juegos de palabras desde muy niño, casi por instinto, y más tarde en prisión, con vino y hollín y usando por pluma un fósforo, plasmó una de sus creaciones. Y tenía otras maneras de expresarse: pintaba mejor que muchos pintores, tocaba el violín y el

* El autor es Licenciado en Relaciones Internacionales de la U. Tadeo Lozano, Licenciado en Periodismo de la U. de América, Doctor en Derecho Internacional de la Universidad Central de Quito y periodista de El espectador. Es delegado de Colombia en el Comité de Naciones Unidas de Chipre y profesor de Seminario de la EAN.

piano y componía música para sus propios trabajos. Gógol, ese ucraniano de sangre cosaca y perfil de pájaro, aconsejaba reescribir no menos de ocho veces cada texto, y con frecuencia empuñaba la pluma de pie, como Tólstoi. Chéjov dio vida a algunas de sus obras célebres sobre la mesa de la máquina de coser de la madre; afirmaba que nunca pasaba a limpio sus trabajos, pero he observado que sus borradores lucen bañados en olas de tachaduras. No en vano anotaba él mismo que escribir bien consiste más en suprimir lo innecesario que en concebir letras geniales. La exactitud a que obligan las ciencias médicas influyó en su estilo literario, fundado en la concisión, en un tiempo en el que ya el teléfono y el telégrafo obligaban a abreviar los mensajes.

¿Qué noticias ofrece su libro en un tema casi agotado por los investigadores?

Los autores de que me ocupo en este primer volumen, como se sabe, nacieron bajo el signo despiado de la autocracia zarista. Ellos fueron beligerantes, cada uno a su manera. Los campesinos y los humildes entraron por primera vez en la literatura, la crueldad y la banalidad empezaron a ser juzgadas y desenmascaradas, el desgarramiento humano se hizo sustancia narrativa; se definieron los caracteres rusos (nobles, mujiks, funcionarios, etc.), el idioma adquirió fuerza y musicalidad estremecedoras. Leyéndolos hemos sentido el otoño de fuego, la primavera multicolor, el fugaz verano y el invierno sin fin. Y gracias a ellos, los ambientes fastuosos y miserables, la arquitectura, los paisajes de esas lejanías han llegado vivos hasta nosotros. En cuanto a noticias poco conocidas, cito algunos ejemplos incluidos en este volumen: rigurosos trabajos han demostrado que Mijaíl Lérmontov no descendía del conde de Lerma, español, como aquel y muchos otros creyeron siempre, sino de Thomas Learmonth, fundador de la literatura escocesa en el siglo XIII. Cotejar varios documentos me ha permitido concluir que Gógol no se dejó morir como suele afirmarse. Nació con escrófula, adquirió la escarlatina —como Byron—, fue acosado implacablemente por el frío, su estómago lo atormentó sin cesar y la baja presión sanguínea lo obligó a mantenerse a tono bebiendo café. En verdad, Gógol murió de la suma de todo lo anterior, agravada sin salvación por el tifus abdominal; conjeturas cercanas a la leyenda afirman que lo sepultaron vivo (¿catalepsia?), pues al desenterrarlo, tiempo después, su cuerpo apareció en posición distinta a la inicial. Hace poco fueron desempolvadas siete cartas que alumbran las controvertidas relaciones de Pushkin con su esposa, Nalatiá Nicoláevna. En 1980 logró precisarse que el poeta no nació en la casa visitada, en Moscú, du-

rante más de 50 años por multitudes entusiastas, sino en otra, que tal vez sucumbió en la guerra de 1812. Antón Chéjov recorrió con la tuberculosis a cuestas, once mil kilómetros por endiablados caminos hasta la isla de Sajalín, frente al Japón, para indagar la suerte de los condenados a cadena perpetua. Su denuncia, resumida en un libro, obligó al gobierno a aflojar los cepos, a hacerle frente a la sífilis y a atenuar la degradación humana.

¿Qué experiencias llamativas de esos gigantes de la literatura, nos permiten verlos como seres semejantes al común de los mortales?

Estos autores vivieron momentos históricos distintos, pertenecían a capas sociales diferentes (Pushkin y Lérmontov, nobles; Gógol, hijo de terratenientes medios, y Chéjov descendiente de siervos) lo cual incidió en la configuración de sus rasgos humanos y añadió a sus personalidades obsesiones hermosas como éstas: uno de ellos llevó colgado al cuello, durante largo tiempo, en cofre diminuto, cenizas de la carta enviada por un amor loco; otro, húsar de la Guardia Imperial, además de vaticinar que moriría de una bala en el corazón, se permitía insultar a las Grandes Princesas, en los bailes de máscaras. Un tercero logró que adiestraran a cierto ruiñón para que le cantara puntualmente el día de su santo, y un cuarto, consecuente con su humilde grandeza, decidió que sus despojos fueran llevados en un humilde vagón ferroviario —y no en carruaje lujoso— para no asemejarse a los cadáveres altivos.

¿Se mantiene viva la imagen de estos autores en la URSS?

La vida y la obra de los clásicos rusos está presente en el acontecer cotidiano. Sus voces esenciales se han incorporado al habla popular; espacios y atmósferas que los vieron, mantienen su autenticidad. La multitud —no sólo los intelectuales— es consciente de que ellos forman parte inseparable de su identidad cultural.

¿Hay otras manos colombianas en este viaje literario?

Sara Gonzales Hernández ha sido mi mano derecha con su ojo avizor y su afinada vocación por la claridad, y el pintor Gustavo Zalamea ha dejado su línea maestra en el libro.

Hablemos sobre sus proyectos literarios.

La poesía sigue viva. Y continuó recogiendo materiales para un segundo volumen consagrado a Turguéniev, Dostoievski y Tólstoi.